

CRONICA FABULOSA DE FERNANDO PESSOA

murió el oficinista tenía
 una hinchazón horrible paperas
 de diagnóstico turbio un diván
 gayo papeles esparcidos
 por todos los alvéolos de su historia
 un hijo de cartón grifos abiertos
 que erizaban el vello de los brazos

murió fumando erraba ciertas noches
 por claveles de tinta por finos mecanismos
 guarnecidos de piel por sellos antigripe
 acompañados de un certificado inusitadas
 pirámides de polvo hallaron
 un orinal debajo de su mesa
 postales pornográficas de indescriptible alcance
 un libro muy oscuro sobre el maestro eckhart
 una alcancía llena de coñac

según los más veraces testimonios
 solía mirar al alba los enormes delfines
 las joyas y los cuernos que trajeron de goa
 una rodela del gran navegante botes de humo
 mazmorras para herejes los despuntes
 del día le cogían en éxtasis se llevaban
 su abrigo de mesclilla su aterrador paraguas
 su personalidad que vaya usted a saber
 y otra vez —sol muy tibio gaviotas—
 lo devolvían a su inútil despacho
 mientras doblaban quejumbrosamente
 las verdes anclas del almirantazgo

De Pautas para conjurados

THESAURUS DE I. M.

Y como andábamos ya cerca del milagro
 decías al azar: «Me gusta Dylan.»
 (Los roídos tablones que acuna la marea,
 el albo flamear de las gaviotas
 en la encendida niebla, ese fresco saludo
 al ocaso, su gesto
 ya más dulce.) «¿Sabes? Fue un accidente.»
 (Desiertas calles coloniales
 a la luz fantasmal del lento atardecer...)
 Calló tu voz en el teléfono
 y repentinamente: Todavía no hemos muerto
 le lancé como un rayo, vente
 con algo de beber
 y sola si es posible.
 Vente —decía (discursos exteriores)
 con tus ojos de niña asombradísima